

LA VIDA
Y EL ARTE DE
**IGNACIO
ZULOAGA**

(Por Enrique Lafuente Ferrari)

Una de las cimas de la crítica
española del arte.

El ciclo completo de un gran pintor.

Ante nosotros, un Vasco Universal,
a través de su vida y su obra.

Zuloaga, "uno de los artistas
españoles más logrados".
(José Ortega y Gasset)



Ediciones de la
REVISTA OCCIDENTE

Una nueva y magnífica edición, 512 págs.

115 láminas, 32 a todo color.

En las principales librerías

PREMIO BIBLIOTECA BREVE 1972

J. Leyva

LA CIRCUNCISION DEL SEÑOR SOLO

La mutilación de la individualidad en el mundo moderno. Una
obra clave de la nueva literatura española.

Obras de Luis Goytisolo, García Hortelano, Caballero Bonald,
Vargas Llosa, Vicente Leñero, Juan Marsé, Adriano González y
Nivaria Tejera, ganadores de los anteriores PREMIO BIBLIOTECA
BREVE.

Libros programados para la
SEMANA SEIX BARRAL

Casa sin amo * Billar a las nueve y media * La aventura y otros
relatos * Opiniones de un payaso * Acto de servicio * El pan
de los años mozos, de

Heinrich Böll

PREMIO NOBEL DE LITERATURA 1972

*

El jardín de las delicias, *Francisco Ayala*

PREMIO DE LA CRITICA

*

Una meditación * Tres tristes tigres * Cuando quiero llorar no
lloro, de J. Benet, Cabrera Infante y Otero Silva, finalistas del
PREMIO ROMULO GALLEGOS

ARTE • LETRAS •

Cuento Semanal», que agrupó, en cierto modo, al grupo—, tiradas de cinco mil ejemplares y popularidad a todos los niveles avalan su dedicación. De la calidad de las muestras novelísticas recogidas deberá juzgar el lector. Pero debe quedar claro que sin su lectura, sin su estudio, queda rota y cortada una valiosa aportación narrativa, una corriente que va desde el naturalismo a la literatura «decadente», para culminar en la novela crónica y en la novela social de los años treinta. ■ **JOSE ESTEBAN.**

**García
Márquez
según
Braso**

El ensayo-conversación de Fernández Braso sobre García Márquez es resultado de varias etapas y los consiguientes enriquecimientos. Primero fue una entrevista. Este primer contacto se transformó en un breve tomo titulado «Una conversación infinita». Ahora se nos ofrece ya como eso que convencionalmente se entiende por libro-libro.

Sobre tres ideas se monta el ensayo y gira la conversación: la soledad como situación del novelista colombiano, la actitud civil —explícitamente progresiva— y la reducción de lo real maravilloso a nivel cotidiano, como fórmula novelística. Hay, por supuesto, otras muchas cosas alrededor.

Braso establece un vínculo entre la persona y la obra cuando dice que la soledad —que cruza toda su obra y le envuelve a él también— «es una enfermedad hereditaria de los Buendías». Esta es la idea que le importa destacar al entrevistador como dato sustantivo frente a las diversas peripecias del autor de «Cien años de soledad». Y esto es —para Braso, digo— lo que reduce a unidad a las varias etapas vitales de García Márquez:

el periodismo en la Redacción de «El Espectador» colombiano, la corresponsalía desde Europa, los estudios de cine en Roma, la buhártila de escritor en París...

Hemos dicho que la vinculación ideológica queda apuntada tanto cuando se aborda el tema como cuando se deduce de los comportamientos de García Márquez: su trabajo en un periódico liberal represaliado, sus años como corresponsal de Prensa Latina «cuando la intenciona de Cochinos», su negativa a admitir un Consulado en Barcelona... Queda también claro que la opción política de García Márquez en ningún momento viene a comprometer su escritura de un modo mecánico, si bien García Márquez reconoce el carácter subversivo de toda buena literatura.

Por fin le interesa a Braso dejar constancia de los antecedentes de la novelística de García Márquez en los libros de caballería. En este punto, el entrevistador se remite a un trabajo previo, y publicado en Insula, donde García Márquez explicó muy bien su reencuentro con la fórmula de lo real-maravilloso a nivel cotidiano, «que fue, por cierto, el gran hallazgo de la novela de caballerías».

El libro es ilustrado. Víñals ha disparado bien y como un condensado sobre el novelista colombiano.

**Laureano
Bonet:
Un ensayo
discutible**

En un atrevido e interesante ensayo —«De Galdós a Robbe-Grillet», Cuadernos Taurus, número 115—, Laureano Bonet ha tratado de hilar fino a propósito de la novela realista española del último cuarto del siglo pasado. El intento pretende, bajo título tan atrayente, ras- trear la antigüedad de

algunas opiniones españolas sobre los actuales objetivos de la narrativa, mostrando de paso cómo se produce la disgregación del fenómeno naturalista. Dicho de otra forma, Bonet aventura la tesis de que en el seno del realismo español bulle de alguna manera una inquietud preceptiva que apunta explícitamente, según él, hacia sus actuales concepciones. «Una cierta conciencia de la llamada novela objetiva» quiere probar Bonet que aliena en plena euforia del naturalismo y después de su esplendor, en hombres como Galdós o Pereda, y en otros de menos relieve, como Rafael Altamira, Yxart o Sardá.

En su búsqueda de argumentos favorables, Bonet se fija especialmente en la actitud de autores y críticos frente al llamado problema del autor omnisciente. La presencia explícita del autor en las páginas de su novela fue, en efecto, motivo de escrúpulos preceptivos para quienes procuraron seguir con fidelidad el modelo del roman objectif, que recomendaba, como garantía imprescindible de literalidad, la autonomía de la realidad descrita y el silencio del autor. Quien esté familiarizado con los escritos de la polémica entre naturalistas e idealistas, conoce, sin duda, la monserga, en cierto modo romántica, de la «imposibilidad» o neutralidad rigurosa del autor respecto de la narración. Bonet, recordando cómo los coetáneos trataban de escapar a la ambigua exigencia, concluye que los intentos de ocultar la mano del autor prueban una voluntad objetivista que procura conectar con el desarrollo ulterior de la novela. Del mismo modo, la tendencia favorable al diálogo —en especial la novela teatral o hablada— y el recurso del monólogo interior, le sugieren anticipaciones y paralelismos que, vaya por delante, no acaban de convencernos.

En tono de amistosa objeción, conviene formularle a Bonet algunos reparos.

En principio, el de que la preocupación por eliminar la presencia enojosa del autor no es, como bien sabemos, privativa de los autores que él cita, ni supone mayor consecuencia estética que otras modificaciones que han ido introduciéndose en la estructura clásica de la novela desde entonces.

El recurso narrativo que permite al autor ocultarse, hacer que sus personajes dialoguen entre sí o peroren por su cuenta, no es suficiente título para establecer parentescos con el descriptivismo actual, a no ser que estemos dispuestos a incluir en la lista, por ejemplo, al autor de «El lazarillo de Tormes», citado sea entre mil.

Pero no es esta la objeción de fondo que sugiere el libro de Bonet, sino la que se refiere a las citas de Galdós que emplea como prueba de la apertura del maestro desde unos modos narrativos distantes y subjetivamente muy condicionados, hacia otros que, según Bonet, propician no ya el acercamiento, sino la entrega incondicional de la obra a la interpretación del lector. Desde luego, parece claro que la idea de Bonet es que en la evolución desde la estética realista (o naturalista; parece ocioso seguir manejando esta distinción) a la espiritualista —o, como se va imponiendo decir, impresionista— supone un progreso cierto en orden a la eficacia social de la novela, en la medida en que favorece la participación autoeducadora del lector. La cuestión no está resuelta, como se sabe, ni aquí se pretende abordarla. Lo que sí habrá que decir es que, por lo que respecta al caso español, tal deslizamiento parece indicar flojeras y ambigüedades más que otra cosa. No sabemos si la conversión de Guy de Maupassant supuso

resultados mejores que los que lograra como objetivista dogmático, pero creemos poder afirmar que la racha espiritualista de Galdós, aparte de que mengua su estatura literaria, supone una considerable pérdida de energía creadora y responde a complicadas razones ideológicas más bien retrasadoras que progresivas. Bonet, no obstante, al recoger textos de Nazarin o Halma y al indicar, en general, la postrera tendencia galdosiana a favor de la autonomía del personaje por medio del diálogo, quiere suponer que el autor se esforzaba en abrir su arte evitando condicionarlo con su propio aliento. Pero, ¿por qué un diálogo está menos condicionado por su autor que una descripción? ¿No es dar de barato creer que el mero artificio de disponer lo que el autor piensa en boca de los personajes supone la independencia, aunque sea relativa, de éstos? En realidad, como ya entonces opinaba Clarín, la famosa novela hablada supone un visible retroceso en relación con los formidables logros anteriores de Galdós, y de ningún modo un progreso técnico.

Tal vez por el carácter de ensayo apresurado que denota el libro, Bonet no ha tenido ocasión

de afinar y conseguir mejor partido de tantos atisbos interesantes como maneja con el propósito criticado. Es evidente su conocimiento de esta época casi ignorada —y, lo que es peor, frecuentada sin respeto—, a pesar de constituir una clave imprescindible para entender la literatura contemporánea. Lo malo es que este mérito y la indiscutible inteligencia crítica del autor vayan en esta ocasión lastradas por una buena fe tan excesiva que casi parece aventurera. Porque aventura es, a pesar del sólido aparato probatorio dispuesto con habilidad por Bonet, apostar por la aproximación temeraria que se anuncia en el título mismo, ver en algún monólogo de Pereda un precedente del «futuro monólogo mental» o presentar las novedades galdosianas de Casandra como un progreso de la conciencia de compromiso del autor. Dicho sea sin menoscabo del valor de un libro bien trabajado y concebido con originalidad, al que ha faltado algún reposo, y sobrado, en cambio, generosa alegría a la hora de girar la raya y sacar la cuenta de unas conclusiones sin duda difíciles. ■

JOSE A. GOMEZ MARIN.

«Autoritarismo y libertad en la enseñanza»: La clase abierta

«El mando obsesional a todo el personal, y toda la retórica empleada en las reuniones de profesores podía apenas encubrir la deducción clara de que los alumnos eran un enemigo atrevido, imprevisible, in moral y peligroso». Así describe sus primeras impresiones como maestro el autor de «Autoritarismo y libertad en la enseñanza» (1), libro que a pesar de su origen foráneo parece como si hubiera recogido los propios apuros y dificultades con que se enfrentan también aquellos de nuestros maestros, que dentro de una estructura educativa y social autoritaria intentan, sin embargo, crear o propiciar entre sus alumnos la edificación de un ambiente en libertad. De «clase abierta» denomina Herbert R. Kohl a este ambiente en su interesante libro, en el que recoge una serie de «estrategias de

(1) «The open classroom» en el original inglés. Nueva York, 1970. La traducción castellana de Julia Sicart pertenece a Ediciones Ariel, 1972.

transformación de trato con la dirección y con los otros profesores, de elección de diferentes libros de texto, planes de enseñanza, etcétera», experiencias y reflexiones vividas en distintas escuelas americanas y contadas aquí de un modo muy vivo y ameno que no excluye una concepción perfectamente coherente y científica del trabajo educativo. Como bien indica el nombre de su edición en castellano, se parte en este trabajo de dos hechos dependientes entre sí: la estructura clasista autoritaria de la sociedad ejemplarizada insistentemente a través de las múltiples relaciones con el hecho educativo que aquí se muestran, y la libertad como necesidad del individuo sin cuyo ejercicio durante el proceso de su educación, no sólo se anula la bondad pretendida por los educadores y los principios en que se inspiran, sino que se coacciona y degrada este proceso hasta convertirlo en mero instrumento de sumisión a los valores conservadores ya establecidos. La inadecuación de los alumnos a programas generalizados elaborados lejos de la escuela y de las condiciones específicas de cada localidad, por grupos de «expertos» seleccionados a menudo en función de sus adhesiones político-burocráticas, más que por un conocimiento real y representativo de los problemas y necesidades de aquellos a quienes se va a aplicar el programa, origina necesariamente tensiones y situaciones de violencia, no sólo entre alumnos y profesores, sino entre éstos y los directores y aún, entre directores e inspectores, grupos profesionales y niveles sociales y burocráticos de la estructura educativa. Sin embargo, es el maestro —siempre flotando entre sus superiores, arriba, y los alumnos abajo— el agente más directo que dentro de la estructura piramidal ha de resolver la papeleta

de ajustar las necesidades propias de cada unidad escolar determinada —es decir, de millares de unidades diversas— a las exigencias ordenadas en el gran programa; también es él, por lo tanto, quien ha de sufrir más intensamente la alternativa entre una actitud autoritaria represiva que evite el deterioro de su prestigio dentro del ámbito jerárquico profesional a que obedece o la elección de una pedagogía en cierto modo picaresca —las estrategias de transformación para la creación de la «clase abierta» o de una escuela dentro de otra escuela de que habla Kohl— que ante la imposibilidad de una corriente de opinión crítica en sentido inverso al establecido lejos de la base de la actividad educativa, favorezca una labor eficaz entre los alumnos, sin abandonar la función real que al maestro corresponde. Como es natural, esto tiene sus limitaciones insalvables, pues las tácticas y las estrategias, como el autor reconoce, hacen caer frecuentemente en concesiones hipócritas para sobrevivir. «Esto es de cualquier modo —dice— lo que hacen todos los maestros, y a menos que dichas concesiones se hagan pensando en la modificación que se desea llevar a cabo y se esté dispuesto a afrontar a la demás gente si llega la ocasión, la franqueza de la clase no será más que una mentira». Se corre el peligro de convertirse en un nuevo maestro asustado, que habla a sus alumnos de su libertad y de su autonomía, pero que tiene miedo de luchar por sus ideas. Pero llegados a esta situación límite, cabe hacernos con el autor la siguiente pregunta: ¿Somos capaces de jugarlos un empleo seguro por actuar honradamente y resistirnos a ser manejados por un sistema opresivo? Y sin abandonar esta cuestión de ética personal e intentando la posibilidad de su

